

# ARQUITECTURA

## ORGANO OFICIAL DE LA SOCIEDAD CENTRAL DE ARQUITECTOS.

REVISTA MENSUAL ILUSTRADA

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PRÍNCIPE, 16

AÑO II

Madrid, Noviembre de 1919.

NÚM. 19

### SUMARIO

MANUEL GÓMEZ-MORENO .....	La civilización árabe y sus monumentos en España.
RICARDO GARCÍA GUERRA .....	La ruina del Templo del Pilar (continuación).
T. B. ....	Rincones inéditos de antigua arquitectura española.
R. ....	Arquitectura española contemporánea.
	Libros, revistas y periódicos.

## LA CIVILIZACION ARABE Y SUS MONUMENTOS EN ESPAÑA

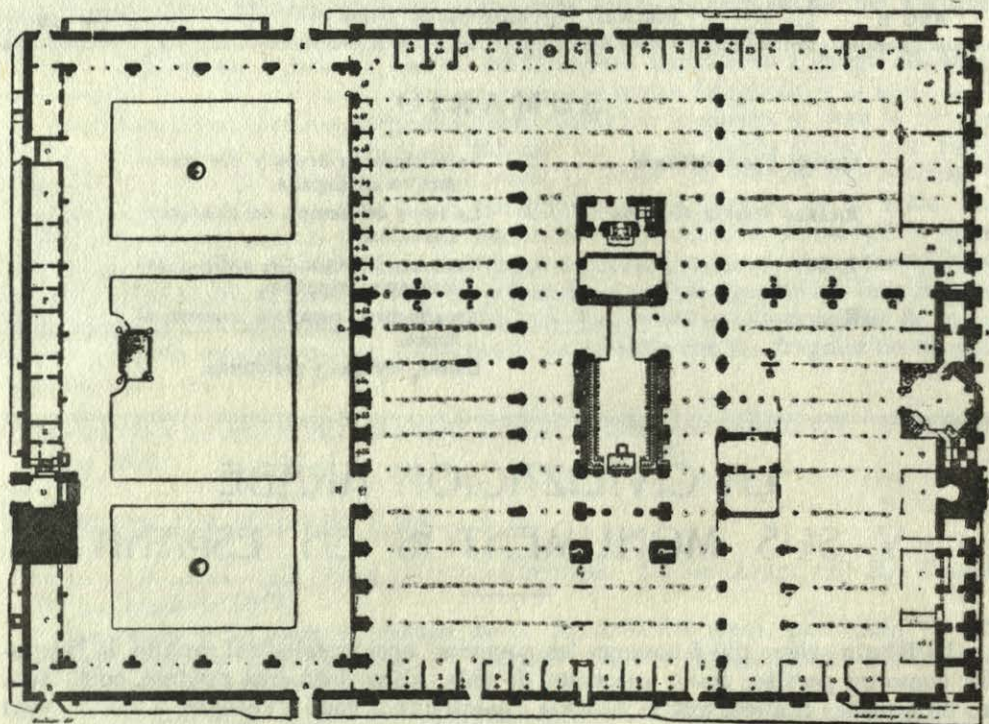
La fábula griega dió á conocer las comarcas occidentales del mundo, la Hesperia, como un paraíso, como un centro de vida misteriosamente pujante, como teatro de grandes hechos, que la historia clásica nunca llegó á recoger; y así el velo de la prehistoria occidental permaneció extendido sobre sus reliquias hasta que las ciencias modernas han comenzado á rasgarlo.

Por este medio llegan hoy á rastrearse, en las vertientes meridionales del Ebro, manadas de gigantescos elefantes de tipo africano, en lucha con el hombre á los comienzos de la Edad cuaternaria. Luego, este mismo hombre, como eminente observador de la vida animal y artista no superado en ello, muestra sus obras—pinturas, esculturas y diseños—en todos los confines septentrionales de la Iberia, haciendo patente que el hombre no ha ganado en potencialidad artística, ni á través de los siglos ni pasando á la civilización. Y aun vemos cómo degenera esta fase en otras pinturas y grabados sobre rocas, que de toda España trascienden á Berbería, se enlazan á distancia con lo del Egipto prehistórico, y hacen sugerir la sospecha de que los bosquimanos actuales sean algo así como una supervivencia del salvajismo occidental primitivo.

He aquí, en estos primeros síntomas de vida, lo español y lo africano ligados, como si el Océano aun no hubiese roto las columnas de Hércules; y, efectivamente, la geología enseña que entre berberisco y andaluz no hay solución de conti-



nuidad, que todo es un mismo suelo, cortado violentamente por el Estrecho, de modo que la barrera de Europa hemos de retraerla mucho más arriba, á la cuenca del Garona, donde alza la orografía europea su bastión último en el Puy-de-Dôme, frente al Pirineo, último baluarte de la isla occidental, que sólo da fin á su nudoso eje de montañas en el Atlas africano. La frase célebre de Dumas, aunque expresión inconsciente de orgullo, nacida al choque del alma española, que no sabe latir al unísono con el espíritu francés, lejos de resultar un denuesto, es verdad capital que debería ponerse al frente de nuestra historia. España no tiene de europeo sino el polvo que los vientos de Roma y de los bárbaros echaron sobre ella. Si ese polvo se sacude, veremos debajo una personalidad muy diversa, de tipo complejo,



Planta de la Mezquita de Córdoba.

con bravezas que dan impresión de algo intenso, pero desapacible, irregular, complicado al análisis y pródigo en modalidades, cuya expresión artística hemos de ir, en parte, indagando.

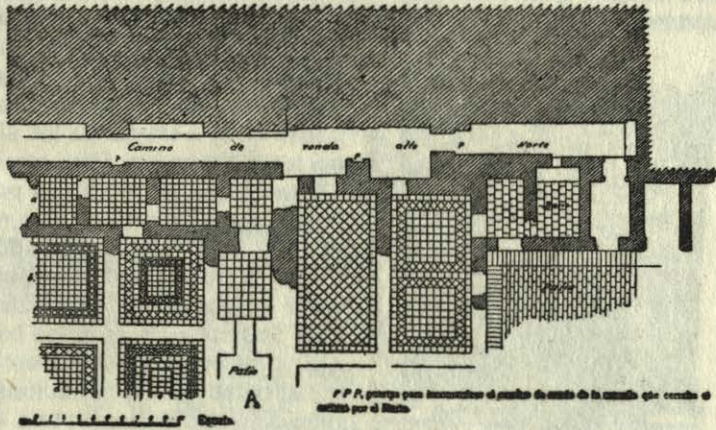
Tras del susodicho período, absolutamente prehistórico, desarrollóse un nuevo estado social, el de civilización, con ideas de culto, de vida organizada y sedentaria, constituyendo el período que llaman neolítico. Entonces las artes libres del diseño sufren postración absoluta; el hombre deja de mirar á la naturaleza como espectador, para crearse, mediante ella, un mundo nuevo de productos artísticos útiles, ya toque esa utilidad á satisfacer sus necesidades de vida, ya aseguren á su cadáver la eternidad deseada, ya cumplan á un simbolismo religioso cuya esencia desconocemos. El centro de esta nueva sociedad radica en Andalucía, propagándose al litoral africano, corriéndose por ambas costas españolas, mediterránea y atlántica, y trascendiendo á las regiones del Norte: Francia, islas Británicas y Ale-



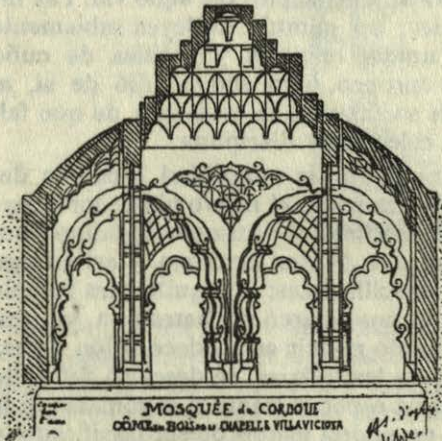
mania. La arquitectura de los dólmenes, instrumentos de piedra alisada, otros de pedernal á largos tajos y de cobre, la cerámica decorada con temas geométricos rectilíneos, etc., son sus manifestaciones más ostensibles.

Sobre esta base, que la arqueología reconstituye, definitivamente al parecer, cabe indagar el nombre de este gran pueblo civilizador occidental, puesto que responde á él sin esfuerzo aquella tradición de un imperio Tartésio, antiquísimo y pujante en Andalucía. Sábese, además, que hubo una colonización de gente morena española en las islas Británicas; sábese que tartesios fundaron en Cerdeña su primera ciudad; otro relato designa á los iberos como primeros invasores de Sicilia, hecho que la arqueología comprueba también, así como una difusión de la misma gente por las regiones meridionales de Italia; y todavía se habla de que llevaron sus colonias por el mar Negro hasta el Cáucaso, extremo no comprobado aún y menos verosímil.

Con tal fuerza se imponen ahora estos hechos, contra la antigua teoría de orígenes asiáticos, que es hipótesis acariciada por algunos la de invertir los términos, haciendo á España tierra originaria de la civilización. Respecto de la Europa occidental ello parece exacto: su centro primitivo civilizador fué España; mas ello no obsta para considerarla sino como hijuela de los grandes focos del Mediterráneo oriental: Egipto y Creta. Parece creíble que España recibió de allá directamente su elemento civilizador, que desarrolló luego por separado. Su parentesco más directo con Creta se induce por los sepulcros con cúpula y bajo túmulo, privativos de lo cretense en el tercer milenario antes de Cristo;



Medina Azahara. Plano de una parte del palacio.



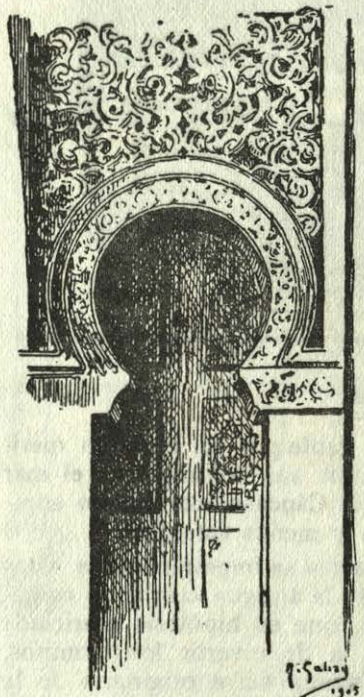
Mosquita de Córdoba.—Sección de la cúpula de la capilla Real.

to; un límite inferior de cronología tenemos en el hecho de existir en cistas sepulcrales españolas muestras de la escritura ibérica, derivación inmediata, en apariencia, de la cretense, que no traspasa el segundo milenario antes de Cristo, y, por el contrario, marcan arcaísmo: la escasez de metales, ya sea cobre, ya un bronce arsenical, como el usado primitivamente en Egipto y Chipre; los instrumentos pétreos, la cerámica grabada y empastada y la rareza de vasos pintados. Que ello se debió á una colonización definitivamente desgarrada de la metrópoli, y no á empresas comerciales metodizadas, parece inferirse por el desacuerdo con que luego siguieron



evolucionando ambas civilizaciones; así como el no hallar á lo largo de las costas europea y africana sino tipos artísticos emanados tardíamente del foco español, hace verosímil que el camino recorrido por aquellos colonizadores fuese marítimo.

Después de este impulso, que deparó á nuestra Península destinos tan preeminentes, ocurrieron reacciones varias. La principal fué terrestre y europea, con tribus célticas que, invadiendo las mesetas centrales de España, provocaron sucesivamente nuestros períodos del Bronce y del Hierro, manteniéndose bajo régimen



Zaragoza.—Puerta de la Mezquita de la Aljafería.

de guerra y de barbarie hasta romanizarse; pero también es verdad que, una vez logrado ello, este elemento céltico, cepa del castellano probablemente, constituyó, á través de los siglos, el único elemento nacional de orden. Otra corriente, grecopúnica, por vía marítima, refrendó las primitivas relaciones con Oriente, suscitando un progreso civilizador nuevo y un arte, el ibérico, similar del chipriota por paridad de elementos constitutivos, que les avecina, como si entre ambos países no mediara todo un mar europeo. Después, Roma y los bárbaros, durante nueve siglos, representan la absorción del elemento indígena; tentativas para nacionalizar esta España, tan rebelde á ser unificada; una «europeización» incompatible con sus premisas originarias, y, en consecuencia, períodos de rebajamiento é infecundidad. La España visigoda, bajo una doble acción romana y germánica, no obtuvo sino caer en el desquiciamiento y la ruina, á principios del siglo VIII. Paz interior y exterior, un cúmulo de leyes sabiamente promulgadas, unidad religiosa y política de cuño perfectamente europeo, todo ello no dió de sí, al primer embate social, sino la evidencia de que faltaban espíritu colectivo y disciplina.

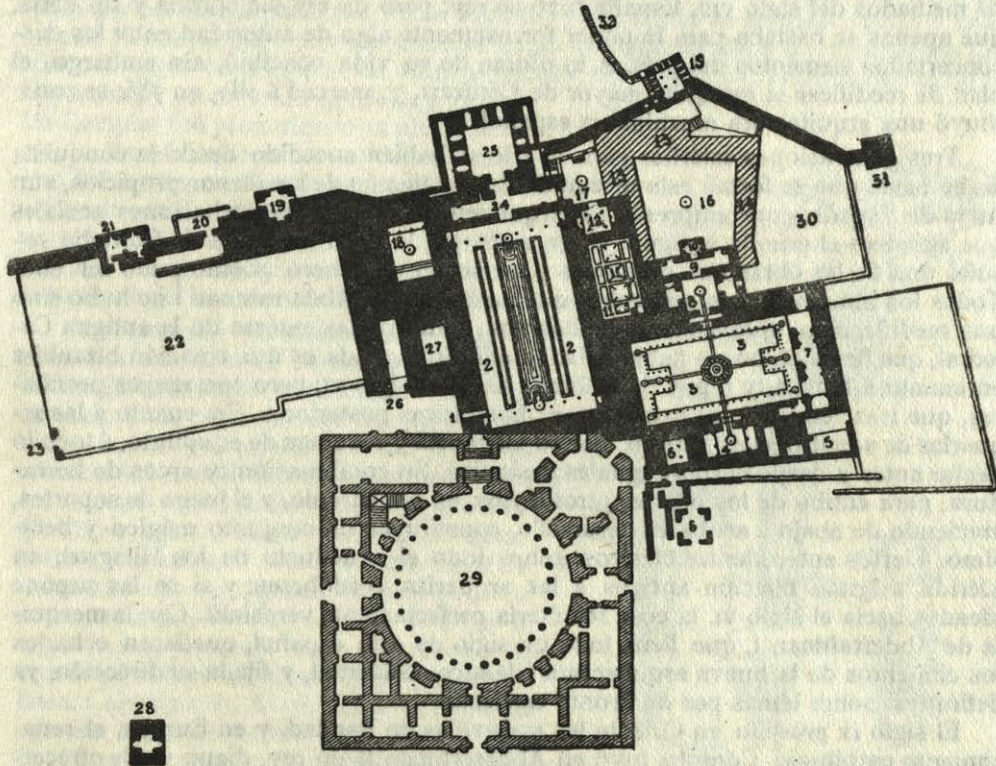
Con todo, pudo aún la modalidad española dejarse ver con fuerza sobre el rasero nivelador romano. Así, un Séneca llevó al pensamiento latino aires de orientalismo, que le eran extraños, y así arraigó

tan profundamente la herejía gnóstica de los priscilianistas; la arquitectura rompió clasicismos á cada paso en el suelo español, ya con el arco de herradura, ya con ciertos aparejos inusitados en Roma, ya haciendo revivir en la decoración temas helénicos, ya prefiriendo un tipo cruciforme para las iglesias; se descartó del culto cristiano la imagería, y se mantuvo una liturgia especial frente á la romana. Si la geografía y la historia política no hablasen, no podría menos de ser clasificado lo español, en este período, como en los anteriores, sino bajo marca oriental, entre lo de Siria y el Cáucaso. Ello no parecerá razonable acaso, pero se ve y se palpa observando los monumentos.

En estas disposiciones recibió España, á principios del siglo VIII, un nuevo factor social; el islámico, que, bajo el aspecto de tropa guerrera, determinó un eclipse momentáneo del gobierno visigodo y de las instituciones que á su sombra venían funcionando. El ejército berberisco acaudillado por Táric, los árabes venidos con Muza y, más adelante, los sirios de Belgi, puestos en España, no se parecen á ningún otro invasor de los conocidos. Ellos no colonizaban, como griegos y romanos; no buscaban fuerzas para sostener la metrópoli, como Cartago; ni eran tribus invasoras, como las de los bárbaros. Sólo eran ejércitos, que en junto sumaban unos



treinta mil hombres, y que por de pronto sólo aedían á vivir, á medrar. Su victoria sobre otros ejércitos, el asalto y entrega de ciudades, el saqueo, las matanzas no les singularizan; eso venían haciéndolo todos. Lo que realizaron de extraordinario aquellos guerreros fué conquistar España; ganársela en poquísimos años y conservarla para sí; cortar de un tajo el hilo que la sujetaba á Europa, sin que el espíritu nacional, llamémosle así, llegase á protestar contra la amputación, y necesitar Europa siete siglos más para irla recuperando. Mal, muy mal debía ir á España bajo la tradición romana cuando se admitió sin revoluciones el nuevo régimen. Todavía,



Granada. Plano de los palacios de la Alhambra.

después que los godos reaccionaron en Asturias y los francos rebasaron el Pirineo, ni su cristianismo ni el régimen europeo que aportaban otra vez, fueron bastante para mover á los españoles; y en son de conquista, como extraños, como enemigos, sin apoyo alguno, avanzaron hacia mediodía lentamente, dejándose al paso muchas de sus características para adoptar las del país sometido, hasta el punto de que, á no ser por la corriente latina que el cristianismo vivificaba de continuo, los conquistadores tal vez hubiesen concluido arabizándose.

Dejemos los problemas sociales para concretar lo referente á cultura. Un hecho decisivo produjo la organización árabe, á saber: empobrecimiento general, con eliminación de los antiguos centros de riqueza. Toledo, la capital de ayer, sucumbió desposeída de todo; en vez de corte como la visigoda, sólo hubo un gobierno militar, en Sevilla ó Córdoba, que enviaba al Califa, á Damasco, el producto de los tributos; los bienes eclesiásticos serían confiscados, y la aristocracia, en su gran mayoría, perdió también con la guerra los suyos. Es verdad que una aristocracia nueva entró en escena, la árabe; pero ésta era la menos apta para fomentar núcleos de



cultura: trasplantada de Oriente á Occidente, no varió en sus costumbres, y dióse á vivir lejos de las poblaciones, en alquerías de las campiñas de Sevilla y Granada especialmente, asqueada tal vez por igual de los españoles y de los otros musulmanes que los acompañaron en la conquista, cultivando como arte único la poesía y sin más educación que el Alcorán y sus tradiciones beduínas.

La decadencia de los Omeyas de Damasco trajo consigo debilitar sus relaciones con España; y encumbrado luego aquí un príncipe de la misma familia, Abderrahman I, cercenóse en definitiva esta provincia al califato nuevo de Bagdad. Así, desde mediados del siglo VIII, España tuvo su rey; pero un rey sin corona y sin corte, que apenas se bastaba para imponer forzosamente algo de autoridad entre los desconcertados elementos del país. A lo último de su vida concibió, sin embargo, el plan de reedificar la mezquita mayor de Córdoba, y, merced á ello, en 786, se constituyó una arquitectura musulmana española.

Tres generaciones estériles para el arte se habían sucedido desde la conquista árabe hasta que se formó esta mezquita. Era un tiempo de los menos propicios, aun fuera de España, para empresas de arquitectura, con las perturbaciones sociales que agitaban el mundo antiguo; y, sin embargo, la Gran mezquita de Córdoba resultó una de las obras más originales y sabias en su género. ¿Cómo pudo ser ello? Todos los indicios hacen sospechar que en la obra de Abderrahman I no hubo sino una reedificación, aprovechando elementos y aun partes enteras de la antigua Catedral, que hasta entonces había existido allí. Su fachada es una creación bizantina en cuanto á la talla, y digna de fecharse hacia el siglo VI; pero con rasgos peculiares, que trascienden á las demás obras homólogas posteriores. En cuanto á las arquerías de adentro, ellas vencen, por su elegancia y recursos de equilibrio, á todo lo hecho antes y después sobre iguales designios. Su combinación de arcos de herradura, para entibo de los pilares; otros arriba, en semicírculo, y el juego de soportes, creciendo de abajo á arriba en desarrollo, constituyen un conjunto mágico y bellísimo. Ciertos antecedentes clásicos, sobre todo el acueducto de los Milagros, en Mérida, asignan filiación antigua á las arquerías cordobesas; y si se las supone ideadas hacia el siglo VI, la cosa resultaría perfectamente verosímil. Con la mezquita de Abderrahman I, que llena todo un siglo de arte español, quedaron echados los cimientos de la nueva arquitectura islámica occidental, y fijada su dirección, ya definitiva, sobre temas por de pronto castizos.

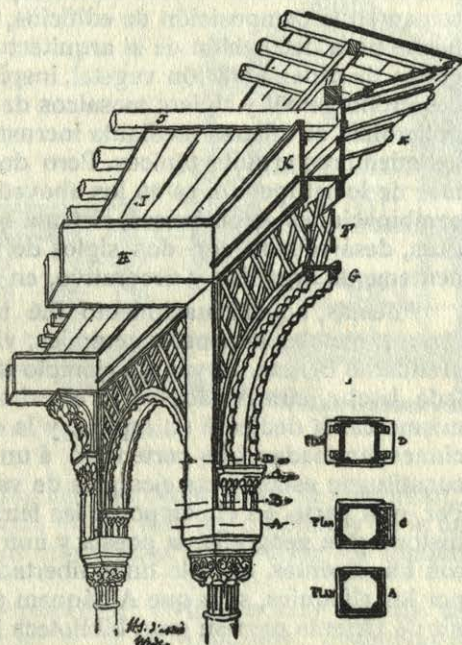
El siglo IX produjo en Oriente las maravillas de Bagdad, y en Europa, el renacimiento carolingio. Córdoba tuvo en Abderrahman II un rey, digno ya de ofrecerse como tal, que introdujo el fausto cortesano, embelleció sus alcázares, llenó de mezquitas y otros edificios su reino, hizo venir de Oriente preciosidades artísticas, se rodeó de músicos y poetas, y, en suma, fué de hecho, aun sin título, el primer califa español. Poco se ha salvado de su tiempo; mas en eso poco revélase afecto á la tradición anterior y al influjo bizantino: la Gran Mezquita de Cairouán, en Africa, da el mejor testimonio de esta fase de nuestra arquitectura, indudable, como parece, su filiación de Córdoba; y ella sirvió á su vez de tipo á las mezquitas fatimíes, en todo el Norte de Africa, y aun en el Cairo. El aprovechamiento, por acarreo, de columnas más antiguas y disponer las naves atravesadas respecto del testero parecen características de este grupo de mezquitas.

La reacción social provocada por Abderrahman II descúbrese mediante varios síntomas. La ciencia latinovisigoda, que llamamos isidoriana por antonomasia, era muy pobre; reduciase á textos de erudición, á recetas de sabiduría, sin alma y sin vida, ineficaces para alimentar el raciocinio. En cambio, la ciencia griega, que los intérpretes arabizados del Oriente iban franqueando, abrióse de pronto, como un tesoro, ante los andaluces; y excitado su natural despejo, entraron de lleno por la senda del orientalismo, hasta vencer en letras y aun en pureza de lenguaje á los



árabes de sangre: fué la conquista espiritual de España lo que se realizó entonces; y ello á costa de perder cuanto quedaba del injerto latino. Soliviantados ya los espíritus, era natural una reacción por parte del elemento tradicionalista cristiano, y se dió, efectivamente, bajo dos formas: fomento de las letras clásicas latinas, por iniciativa del preclaro monje cordobés Eulogio, y protestas contra el islamismo, que al ir infiltrándose atrofiaba las conciencias, y así surgieron los mártires de Córdoba. Luego sobrevino un desquite, más violento aun, del fanatismo musulmán, alentado por odios de raza; y detrás, explosiones de rebeldía y de protesta colectiva por todas partes. Había pasiones, había espíritu; y, en medio de guerras crueles y anárquicas, la poesía era cultivada como arma de combate; brotaba un misticismo filosófico de altos vuelos sobre las heces islámicas; se confesó á Cristo con heroísmo insuperable, y un régimen de orden y de policía ejemplar fué promulgado en plena democracia. España, que permaneció inerte mientras fué latina, recobraba su fuerza, una vez orientalizada de nuevo; y aquel hervor, que parecía romper todos los diques, á principios del siglo x, se resolvió en potencia social colectiva bajo la mano de Abderrahman III.

Otra fase del problema social que se planteara entonces la constituyen emigraciones de cristianos sometidos, ó sea mozárabes, á las regiones del Norte, y especialmente al principado asturiano, donde reinaba Alfonso III. Estos emigrados, monjes cordobeses principalmente, llevaban consigo libros latinos, ideas de régimen democrático é igualitario y una cultura superior, debiéndoseles algo, quizá, del aspecto social con que se nos revelan León y Castilla al organizarse; y, desde luego, la creación de una arquitectura cristiana, hija de la cordobesa. Corresponde á ella una porción de iglesias, todas pequeñas, pero galanas y con primores de construcción admirables. Ejemplos: la de San Miguel de Escalada, en tierra de León, que es de tipo basilical, con sus arquerías sobre columnas, y la de Santa María



La Alhambra.—Estructura de los pórticos del patio de los Leones.

de Lebeña, en un valle de Cantabria, que por su abovedamiento general y apoyos mixtos más bien obedece á tipo bizantino. Todas ellas se caracterizan por el empleo casi absoluto del arco de herradura y por la espléndida serie de bóvedas que mantienen. Además, hacen coro á esta arquitectura mozárabe otras manifestaciones de arte, en marfiles, bronces y, sobre todo, en multitud de códices primorosamente escritos y adornados, que si no abonan el gusto literario y científico de aquellos monjes, prueban, en cambio, su erudición y deseo de cultura; así como las anotaciones marginales y glosas árabes, en que abundan, hace fe de cómo les era familiar la lengua árabe.

Todo ello fué en un siglo como el x, que para el resto del mundo cristiano occidental representa un *máximo* de rudeza y degradación, traspasando, camino de la barbarie, los límites á que se llegara en siglos anteriores. De modo que si nuestro país salvó esta crisis, anticipando en más de un siglo la reacción románica sucesiva, débese á un rebose del esplendor y cultura que Córdoba desarrolló bajo Abderrahman III.



Este rey llegaba cuando el Oriente musulmán decaía y, en cambio, lo bizantino iba entrando en uno de sus períodos más brillantes. El califa español, aliado del emperador griego, cooperó al renacimiento de cultura, que, merced á ello, volvió á prosperar en ambos extremos del Mediterráneo; y Córdoba, en cuanto á fuerza espiritual, obtuvo el señorío del mundo. La próspera administración á que la España musulmana llegó bajo Abderrahman III, trajo consigo un sosiego inesperado, cohesión social y riquezas, que, reinando él, prodigó su hijo Alháquem en obras de cultura. Así surgió una nueva corte, la maravillosa Medina Azahra, junto á Córdoba, cuyas ruinas ahora empiezan á salir bajo el sudario de tierra que los siglos acumularon; y así después la Gran mezquita fué ampliada con magnificencia, pudiéndose aquilatar exactamente, gracias á ella, los aspectos de aquel arte. Un influjo mesopotámico representa el arco lobulado, frente al de herradura español; y ambos alternan en la composición de edificios, ligándose y cabalgando unos sobre otros, hecha pura decoración de la arquitectura. El mármol, la piedra y la madera se cargaban de ornamentación vegetal, inspirada tal vez en modelos bizantinos, pero con desarrollo genial y típico; mosaicos de esmalte y oro tapizaban el santuario, y la policromía se afianzó mediante incrustaciones de ladrillo y pintando de rojo y azul los miembros arquitectónicos. Pero donde el arte del califato cordobés toca las cimas de lo estupendo, es en los abovedamientos, á base de arcos, que se cruzan en combinaciones geométricas, sistema que viene á ser el mismo de las bóvedas góticas, desarrollado con dos siglos de ventaja, y obedeciendo á un principio eminentemente orgánico y decorativo, en armonía con las fastuosidades cordobesas.

Además, aquel renacimiento fué integral: de una parte conocemos piezas de bronce, metales preciosos, cerámica, vidrio, tejidos y, sobre todo, marfiles, de sorprendente belleza. Sirvan de ejemplo la arqueta de Gerona, de plata repujada y nielada, hecha para Alháquem II; el primoroso frasco de marfil, de Zamora, que el mismo califa dedicó á su esposa, y la otra de Pamplona, espléndida en representaciones animadas, que perteneció á un hijo de Almanzor; en concepto decorativo constituyen estas obras ejemplos de valor enorme, dentro de la evolución artística. Por otra parte, en el campo de las letras y del saber, se cultivaron con éxito la historia y la geografía, la poesía y aun varias ciencias; y como aquellos califas fueron transigentes, no sólo hubo libertad para los filósofos, tildados de heterodoxia por los alfaquíes, sino que Alháquem mismo se consagró al estudio, haciendo venir de Oriente para su gran biblioteca las más raras obras de la ciencia griega y de la literatura árabe, llegando, en resultante final, la instrucción pública á límites de divulgación tales, que sólo en la Europa moderna han vuelto á lograrse.

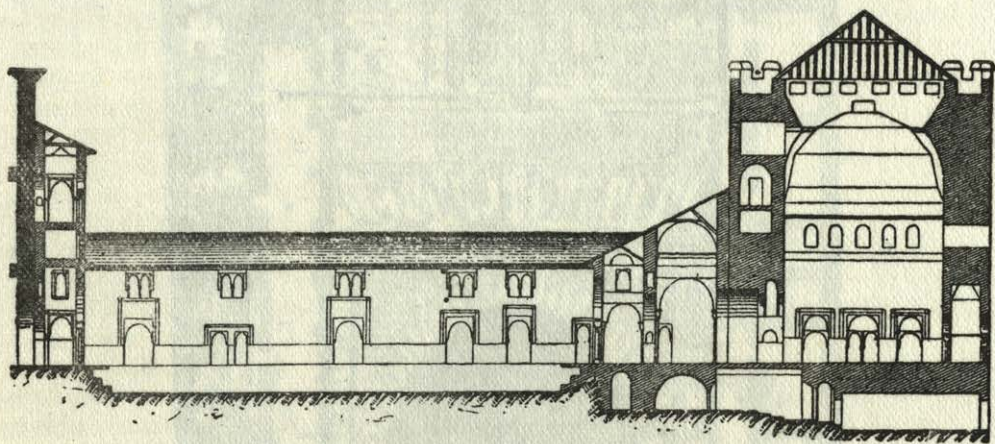
El gobierno de Almanzor, con un predominio de militarismo, inicia, inmediatamente después, la decadencia, partiendo de síntomas bien expresivos, como fueron la quema de libros juzgados antialcoránicos y la persecución de los filósofos, es decir, de quienes buscaban en el libre albedrío, en el raciocinio y en la mística una sanción por encima de los doctrinarismos rutinarios del vulgo.

Tras de esto, á principios del siglo XI, el imperio cordobés desapareció, y se fraccionaron en pequeños reinos sus provincias. Lucha económica, miseria y disgregación de fuerzas fueron consecuencia inmediata del nuevo régimen; pero también hubo ventajas, porque se ganaba en difusión cuanto había podido mermarse la intensidad concentrada antes en una capital única. Una porción de ciudades fueron ya cortes, obedeciendo á conceptos políticos muy diversos; y en ellas se salvaron las reliquias del naufragio cordobés, erigiéndose en focos, á veces espléndidos, de cultura. Cuenca heredó la manufactura de los marfiles, que produjo aún obras delicadísimas; Sevilla atrajo á poetas y literatos; Almería fomentó sederías y comercio; Toledo y Zaragoza abrieron escuelas de filósofos, sin miedo de anatemas, ya que este período se caracteriza generalmente por la mundanalidad de sus reyezue-



los y su despreocupación religiosa: Aquel renacimiento del siglo x caía del mismo lado hacia que luego cayó el del xv en Italia.

Respecto de la arquitectura, Toledo y Zaragoza realizaron también grandes iniciativas. Toledo, desde tiempos del Califato, valíase de ladrillo para sus construcciones, lo que determinó formas y aspectos decorativos peculiares, con una lógica admirable, transmitida luego á la arquitectura morisca de Castilla. En Zaragoza, su palacio de la Aljafería, ó, mejor dicho, los despojos que de su bochornosa destrucción se salvaron, dan una nota interesantísima de ese churriguerismo desenfrenado á que España goza entregarse, en cuanto la férula del clasicismo europeo la deja libre. La arquitectura de dicho palacio casi es la misma cordobesa en sus elemen-



La Alhambra.—Sección del cuarto de Comares.

tos constitutivos; pero ellos reciben tales adaptaciones decorativas, se combinan y agrupan tan caprichosamente como en nuestra última fase de lo gótico y en la barroca del siglo xviii: el agente organizador es uno mismo; sólo varían los elementos de composición en cada tiempo.

La filosofía griega, y, sobre todo, la neoplatónica, vivificada con espíritu español por Abenmasarra en el siglo ix, tuvo en el xi su explosión; degenerando en una secta comunista y disolvente, ya sutilizándose en mística teosófica y panteísta con el sufismo, escuela que, perseguida más tarde en España por los almorávides, se extendió hasta los últimos confines del Oriente, ganando prosélitos allí hasta hoy, lo mismo que en Berbería, y también ejerció vivo influjo sobre los pensadores judaicos de España, que aun perdura entre ellos.

La expansión artística no fué menor, acaso. Merced á la conquista del Egipto por los fatimíes de Africa, tributarios que eran de lo español en arquitectura, el Cairo muestra, desde el siglo x, obras de indudable progenie andaluza, como la torre de la mezquita de Abentulún; además, allí parece haberse iniciado un estilo ornamental nuevo, de tipo bizantino andaluz, que en poco tiempo se difundió por el Oriente musulmán, suplantando los antiguos modelos abasíes, y que no tiene explicación plausible sino mediante una ingerencia española, llegada cuando la disolución del califato de Occidente. Se comprueba ello viendo aparecer juntamente bóvedas de arcos cruzados, adornos geométricos, el ensamblaje de maderas y así otras novedades de igual procedencia. Respecto de la geometría decorativa, ó sea, el lazo, que constituye uno de los mayores triunfos del mundo mahometano, corresponden á España, tanto el impulso y lo mejor de su repertorio como el sistematizarlo con admirable virtuosismo, á la vez estético y científico. En el siglo xii, lle-

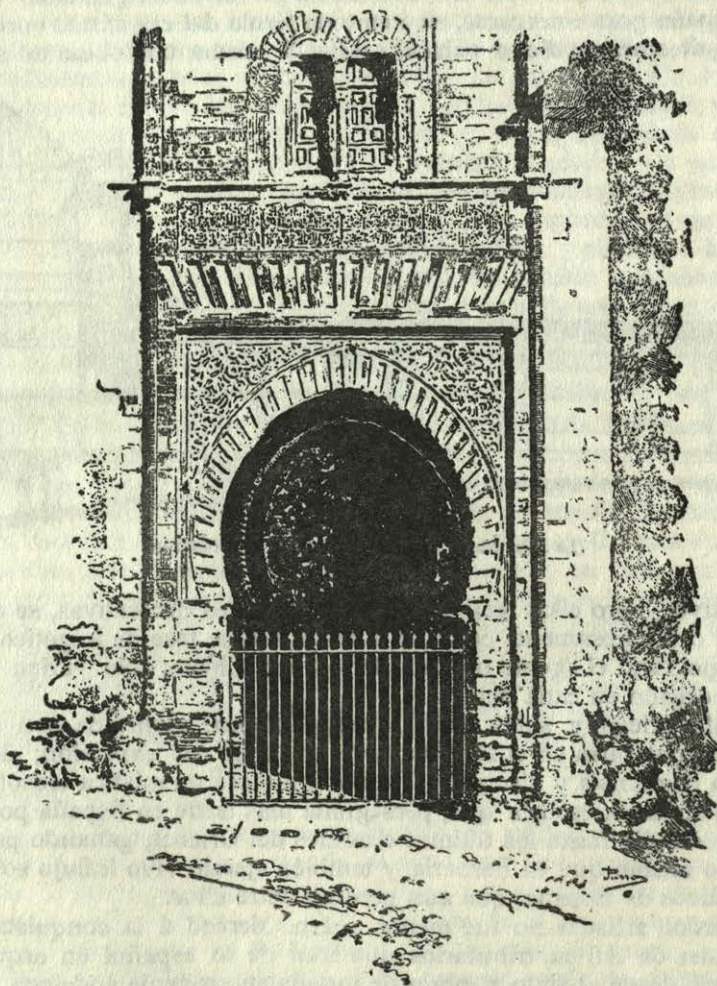




## ARQUITECTURA

gada para España su decadencia política definitiva, al par que un apogeo en desarrollo científico y artístico, se dieron de nuevo la mano, en los edificios normandos de Sicilia, el arte andaluz y los orientales, fundiéndose allí sus respectivas aportaciones, con ventaja para todos.

España, la España orientalizada, subía en cultura; mas su organismo político, flaco y desvencijado, ofrecía resistencia de día en día menor á la impulsión armada y conquistadora de la España latina. Se impuso irremediabilmente oponer otra



La Alhambra.—Puerta del Vino.

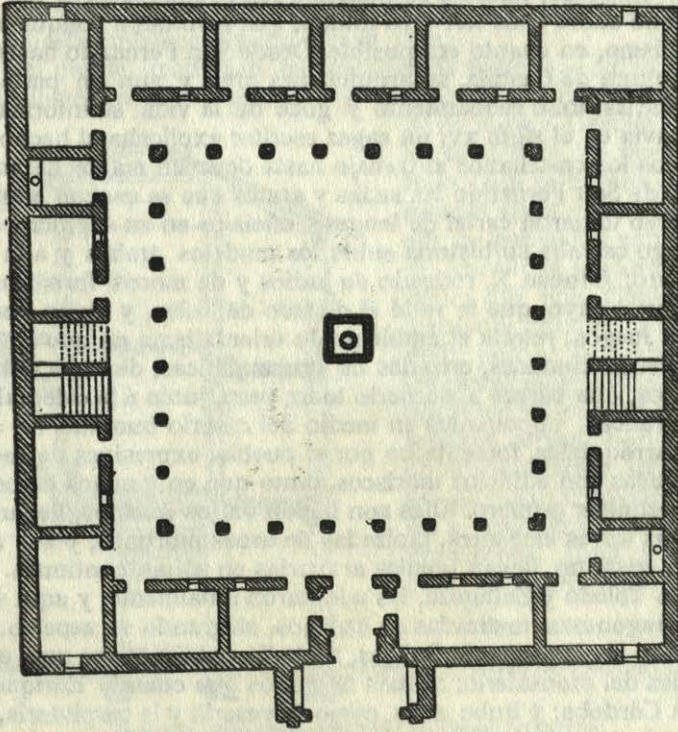
fuerza, y sobrevino la invasión de los bárbaros de Africa, almorávides y almohades, que entre una victoria y un desastre dieron tregua por dos veces á la inquietud que el avance fiero de los cristianos significaba.

A través de esta crisis, las artes no resultan decaídas aún, antes al contrario; pues aquellos bárbaros, dotados de grandes ideales dentro de su fanatismo, dieron pábulo, en mezquitas y fortificaciones, y aun en palacios, á utilizar el genio edificador de los andaluces, erigiendo considerable número de edificios, que en grandiosidad y pureza de líneas representan un avance respecto de todo lo anterior. Testigo,



los restos conservados de la Gran mezquita de Sevilla, especialmente su imponente Giralda, la que el siglo xvi supo cristianizar con tan armonioso remate. Por lo demás, Berbería fué teatro principal de la evolución artística durante este periodo, en manos de andaluces siempre, según consta; y así continuaron tributarios nuestros en arte aquellos países, el de Túnez incluido, hasta bastardearse en el siglo xvi bajo la dominación turca.

El Oriente aun recuerda hoy con veneración y respeto la cultura antigua anda-



Granada.—Planta del Corral del Carbón.

luza. En Europa, todo lo substancial que vulgarmente se cotiza de aquéllo son lugares comunes de religión mahometana y la figura de Averroes pisoteada por Santo Tomás. Afortunadamente para esta misma Europa, en los siglos xii y xiii se sabía mejor lo que España daba de sí, el lastre de saber, de cultura y de refinamientos que atesoraba; y volvía los ojos afanosamente hacia ella para redimirse de la barbarie. Así aprendió matemáticas, juntamente con la astronomía; y ciencias naturales, con la medicina y la alquimia; enriqueció su literatura con cuentos y apólogos orientales; y tal vez los cantos originarios de la música moderna fueron adaptación andaluza, bien fácil, puesto que la lengua vulgar en Andalucía era un romance latino, quedando para el árabe la categoría de idioma oficial y erudito; y aunque de tal poesía romanceada nada se conserva, sus vestigios abundan en las obras de un poeta cordobés, Abencuzmán, cuyo sistema de trovas ha podido reconocerse como verosímil prototipo de las provenzales. En filosofía, todo el escolasticismo parece emanar de los sistemas españoles: la mística sufi, tocada de panteísmo, no sólo tuvo un representante cristiano en Raimundo Lulio, sino que inspiró la escuela franciscana de Escoto, Bacon y San Buenaventura; y por otro lado, los escritos de Averroes



y Maimónides valieron á los dominicos para adoptar frente á ella, con Alberto Magno y Santo Tomás, la doctrina de Aristóteles. La cepa del Renacimiento europeo es bien cristiana, pero sus raíces tomaron jugo, tomaron toda su savia del terreno español, donde los manantiales de Grecia y Alejandría venían fecundando, desde siglos atrás, abundante cosecha.

El siglo XIII vió caer, al fin, la potestad musulmana en España, no conservándose libre de conquista sino el reino granadino; y aun ese vivió ya como tributario de Castilla. Sin embargo, puestos en posesión los conquistadores del medio andaluz, éste imprimió sobre ellos tan vivo influjo, que resultaron conquistados á su vez para el orientalismo, en cuanto era posible. Desde San Fernando hasta Enrique IV, mucho de la cultura de Castilla, su arquitectura civil y aun en parte la religiosa, sus artes suntuarias, todo refinamiento y goce de la vida, se informaron sobre lo andaluz; y todavía en el siglo XVI un sagaz escritor explicaba el hecho porque fueron desapegados los castellanos al trabajo hasta dejar en manos del moro las artes.

En la corte de San Fernando las sedas y armas que se usaban eran moriscas; el árabe y el hebreo tomaron cartel de lenguas oficiales en su sepulcro; el gran arzobispo D. Rodrigo calcaba su historia sobre los modelos árabes y aun les dedicaba un tratado entero; Alfonso X, rodeado de judíos y de moros, formó un núcleo de erudición en torno suyo, que le valió el dictado de Sabio, y algún libro cortesano, como el de los Juegos, retrata el ambiente de orientalismo en que la vida del rey se pasaba. Nuestras ciudades, erizadas de agujas góticas, dan una nota europea en sus monumentos, que parece absorberlo todo; pero, junto á la catedral y al monasterio de corte francés, imponentes en medio del caserío humilde, se alzaron también iglesias parroquiales, fomentadas por el pueblo, expresivas de su pobreza y de sus cariños; y ellas son edificios moriscos, tanto que en muchos casos hay la duda de si serían mezquitas primero. Ellas son legión en los pueblos, llenando regiones enteras, con sus torres elegantes, tapizadas de arcos morunos, y sus ábsides que, siendo de tipo cristiano, llevan iguales arquerías en zonas continuas. Aun ciertas capitales, como Toledo y Zaragoza, las adoptaron igualmente, y aquí son de recordar las obras aragonesas, matizadas de azulejos, alegrando su aspecto. Cuando Alfonso VIII fundó las Huelgas de Burgos, no halló patrón mejor que el musulmán para las capillas del monasterio; ni más ni menos que cuando Enrique II hizo su capilla real en Córdoba; y hubo artes, como la yesería y la carpintería, que desafiaron al Renacimiento, concurriendo en la arquitectura religiosa hasta pleno siglo XVII. Al mismo tenor, los judíos para sinagogas hicieron edificios morunos, entre los que descuellan Santa María la Blanca y el Tránsito, en Toledo, con arrogancia que justifica la fuerza de aquel pueblo en nuestro país, segunda tierra de promisión y campo de actividad el más fecundo que los hijos de Israel lograron durante la Edad Media.

En la arquitectura civil, el triunfo de lo andaluz fué más absoluto: las fortalezas trocaron sus masas inertes, de tradición romana, por un sistema complejo é ingenioso de recursos estratégicos, mediante torres albarranas, que ofrecían flanqueos muy extensos y facilitaban las acometidas para los defensores. Pero donde más claro se aprecia su andalucismo es en la vida doméstica de la nobleza castellana. La casa septentrional, cerrada, formando un amasijo de locales mal alumbrados y no ventilados, sucia, triste, y donde apenas diferenciaban su vivir animales y hombres, cedió ante la casa soleada, con patio y galerías, con agua corriente y vegetación: un mundo completo dentro de cuatro paredes, donde la risa y el llanto del hogar no tienen vistas sino al cielo. El vivir estas casas dió á España su fisonomía especial; y mientras quede amor hacia ellas, España seguirá de espaldas á Europa y rebelde al ideal de vida colectivo que la casa abierta sólo hacia el exterior significa.

El rey D. Pedro, cuando tan á gusto habitaba el antiguo alcázar de los reyes



sevillanos, no es fácil que tuviese noticias de su predecesor en el siglo xi, Almotámid; pues, en caso de tomarlo por modelo, habría procurado compensar siquiera sus excesos criminales con algo de la cultura y refinamientos de su colega árabe; pero, aun con este grave demérito, es D. Pedro el más acabado trasunto de rey oriental. Así está en carácter su palacio de Sevilla, moruno por completo, lleno de salutations en árabe al sultán D. Pedro, y modelo á su vez para otra porción de casas, más ó menos regias, que fueron erigiéndose por Castilla. Ya que el militarismo europeo de aquel siglo xiv se nos entró con su grosería y sus brutalidades, siquiera aquí se redimió algo el buen gusto, merced á una literatura poética de cuño oriental, y con este embellecer y afinarse la vida.

El foco de donde irradiaban esplendores de sosiego y cultura, de actividad artística y de comercio, era Granada, cuya corona de montañas la resguardaba to-

davía contra Castilla; pero más bien las doblas de oro que rendía en tributo. Allí se habían concentrado las fuerzas vivas del islam en Occidente; allí la población expulsada del resto de Andalucía tuvo aún libertad y refugio; allí una plétora de actividad mantenía riqueza, indispensable para vivir, porque era necesario comprar á los castellanos la vida. Y Granada producía tejidos de seda y oro, alfombras, bronces, armas, vidrios y aquella loza dorada que tanto seducía en las mesas de Europa; enviaba también alarifes á remedar en Castilla los edificios granadinos; pero todo no bastaba para vivir sin continuo sobresalto,



Granada. — Sección longitudinal del Corral del Carbón.

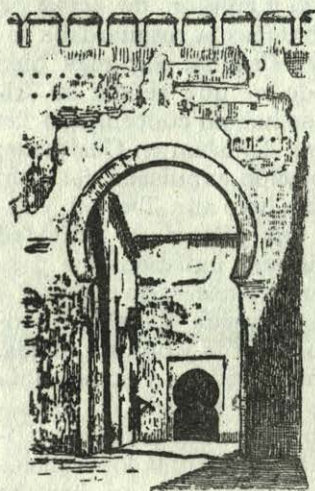
esperando ver los estandartes cristianos frente á su ciudad en cuanto el tributo se retrasase.

Esta situación era demasiado angustiosa; y, efectivamente, el período granadino se nos revela triste y devoto; gobernando reyes ineptos y crueles; con una literatura cortesana, enfática y conceptuosa, que á ratos cantaba las bellezas del suelo amado y á ratos plañía sus desdichas, con la amargura pasiva de quien ni siquiera busca remedio. En cuanto á las artes, todo es delicadeza, depuración de formas, complicaciones exquisitas, ensueños de líneas y de colores, que enervan el espíritu llevándolo hacia un mundo de perfecciones, que ante la triste realidad serían un descanso.

En la Alhambra, aquel último poema del orientalismo español, se respira todo eso: una poesía triste, intensísima, donde van acordes panorama espléndido, fertilísimo suelo, el agua que bulle y salta alegrando la majestad pasiva de aquellos alcázares, y estos mismos, conservados milagrosamente, casi como en el día que fueron dejados sin dueño. Allí no se concibe sino el tedio de los refinamientos sin ideal ulterior; una vida que al agotarse lanza sus vibraciones más sutiles, enamorada de aquello eternamente bello que la rodea.



Todo es allí una serie gradual de emociones: Vista desde afuera, parece sólo un castillo, asaltado ya por lozanos árboles que pugnan por rebasar sus murallas. El palacio ofrece primero una fachada, grande y lisa, aunque llena toda de adornos, con brillantes azulejos y gigantesco alero protector; es, hasta por sus dos puertas gemelas, un enigma inexpresivo. Luego, entramos de golpe en el gran patio de Comares, con su alberca, sus arrayanes, sus pórticos dorados, y, al fondo, otro contraste duro en la gigantesca torre, que rompe la tranquila armonía de líneas abajo reinante. Aquella torre no envuelve sino el salón del trono, cuya fina decoración atrae menos que sus nueve balcones, desde donde se atalaya la ciudad, alegre siempre de color, pero muda, sin otro murmullo que el del agua serpenteando en



Granada.—Puerta de Elvira  
(derribada en parte).

lo profundo. Si se alza la vista, causa estupor aquella bóveda de maderas, dulcemente matizadas de colores, que al perder su frescura tomaron apariencias de nácar y marfil, dibujando constelaciones de estrellas, cual magnífica sinfonía concertadas. Luego, se pasa de la penumbra de las habitaciones á la claridad del Baño, con su otra constelación de claraboyas luminosas taladrando las bóvedas; todo liso y con recuerdos de la arquitectura antigua. Pasando al patio de los Leones, allí es otra sinfonía de luz, de mármoles, de arquerías transparentes, de agua salpicando el corro de leones que sostienen la gran pila. Un salón ofrece algo como apariencias de gruta, y allí cuentan que sesteaban los reyes moros, en sus lechos, á los testers; otra, la de las dos Hermanas, era vivienda de la reina, con piso alto para el invierno y un espléndido mirador. Aquí, la unidad de masas y de colorido pedía, no madera, sino bóvedas, y se adoptaron las de mocárabes, otra creación espléndida del arte granadino, sin rival en todo el mundo musulmán. Los jardines ofrecen nuevo campo de solaz, ayudando intensamente lo pródigo del suelo; y, en efecto, la Alhambra y sus montes próximos estaban coronados de vergeles, de los que uno solo, el Genelarife, se conserva.

La arquitectura granadina es pobre. El núcleo de los edificios hacía miserablemente, y, aun en lo decorativo, apenas se usaron materiales costosos; mas á fuerza de arte, y gracias á un sentido exquisito, se sobrepone la impresión del oro, de los vivos colores, de las irisaciones fantásticas con que brillan sus azulejías prodigiosas.

Entre las artes industriales bastará citar, como más conocidas, piezas tan admirables como el jarrón de la Alhambra, cabeza de toda una serie, que acaso representa el esfuerzo más atrevido y magnífico de la cerámica medieval, y el gran azulejo de Fortuny, otra obra única en su género, verdadero canto de cisne de las artes granadinas cuando alboreaba el siglo xv. Además, esta loza dorada, que desde Málaga y luego desde Valencia era llevada por todo el Mediterráneo y hasta Britania, valió eficazmente para fomentar artes análogas en Italia y en Francia, lográndose con ello una de las más sugestivas industrias del Renacimiento.

El sino de nuestros países meridionales había también de cumplirse en Granada. Agotadas sus fuerzas en el avance de la cultura; transmitido ello á los países del Norte, más tardos, más torpes quizá, pero también excelentes productores y tenaces en la lucha, hasta adquirir una perfección que los hace dueños de todo; llegado con el siglo xv el Renacimiento á Flandes é Italia, y hecha, por fin, exquisita la vida en Europa, el papel de la España orientalizada perdió su valor, terminando defini-



tivamente. Aun resistió agonizando casi un siglo; aun puso en jaque el poder de Castilla antes de rendirse; luego, no quedó sino llorar, esperando la muerte en la soledad y el olvido. Había de morir por vieja, y murió. Es ridículo lamentar un hecho tan natural y constante; pero eso no quita para que le rindamos un homenaje, reconociendo lo que Europa le debe, mostrándonos agradecidos á ese pueblo que, mediante su posición occidental y un contacto íntimo con Oriente, pudo traer gérmenes de vida culta transmisible á los pueblos cristianos de Occidente, donde al calor de una civilización más firme, y aquilatado por espíritus más reflexivos, pudiese ir fructificando el árbol de los grandes ideales que dignifican la vida.

M. GÓMEZ-MORENO.

Londres, Julio, 1914.

